

BELLO, GENIO AMERICANO

Hernán Rodríguez Castelo

Muchos americanos me parecen grandes; pero hay dos a quienes doy a boca llena esa calificación que ronda ya con la desmesura: genios. Los dos genios que ha producido nuestra América son Bolívar y Bello.

Y resulta en extremo sugestivo hallarlos a los dos, niños, en perfecta vecindad, en la Caracas de fin de siglo: Andrés Bello, mayor en un año y ocho meses, enseña al pequeño Simón bellas artes y geografía. «Fue mi maestro —escribió Bolívar a Fernández Madrid— cuando teníamos la misma edad y yo le amaba con respeto». Cosa sugestiva, pero no rara: en la historia es frecuente hallar genios en un mismo espacio y tiempo, incitados y exigidos por las mismas corrientes sociales. La Viena a la que llega en la primavera de 1787 el joven Beethoven era la Viena en que resplandecía Mozart.

Cuando Bolívar está ya arrastrado por el vórtice de la enorme empresa histórica de que fue el actor principal, no tiene a Bello cerca. Cuando la Junta de Caracas, tras la Revolución de 1810, envió Misión Diplomática a la Corte de Inglaterra, Bolívar la presidía y Bello iba como secretario. Bolívar regresa; Bello se queda en la neblinosa City, poco menos que refundido, el interminable tiempo de 29 años. Quien pudo haberlo llamado era Bolívar. A mí siempre me ha intrigado y hasta turbado por qué no lo hizo. ¿Tuvo el un genio celos de tener al otro demasiado cerca? ¿O era, sencillamente, que no había aún lugar para el genio de Bello en esa América dada al vértigo de marchas y contramarchas, levas y campamentos, escaramuzas y repliegues, batallas y noticias, temores y exaltaciones bélicas?

Y allí, en la lejana Londres, habría seguido acaso Bello, sin más que hacer que sus incansables lecturas cotidianas en el British Museum —allí en la Great Russel Street— y algunas laboriosas empresas de publicista, como la *Biblioteca Americana* y el *Repertorio Americano*, si no es porque Chile, que en los

tiempos coloniales había sido provincia de extramuros, proclamada república hubiese necesitado con urgencia leyes, universidad, educación, sobre todo idiomática, e instituciones culturales que diesen solidez a una incipiente y convulsa democracia, e Irisarri hubiese señalado hacia Londres. «¿Leyes, universidad, educación, español? Pues en Londres vive, malpagado y desperdiciado, como burócrata de tercera clase, un personaje que les puede dar todo eso...»

Y Bello fue a Chile. Chile necesitaba leyes y le dio el Código Civil que después copiarían más o menos al pie de la letra casi todos los países de América; Chile no tenía tradición universitaria, y le dio la mejor universidad de América; Chile hablaba el peor español americano, y le hizo la mejor gramática de la lengua castellana que se haya hecho nunca; Chile y América requerían en muchos campos afirmación americana certera, y en todos les trazó directrices... Parece increíble que todo aquello lo haya hecho, más y mejor que cuantos otros varones ilustres lo tentarán en otras patrias de América, un solo hombre.

Como para que Martí, el clarividente Martí, dijera: «Y al elegir de entre los grandes de América, los fundadores, lo elijo a él».

LOS AÑOS CARAQUEÑOS

En tres tramos recorre Bello su existencia, cada uno en un escenario, un tiempo de la historia del mundo y una sazón vital: Caracas, 1781-1810; Londres, 1810-1829, y Chile, 1829-1865.

En Caracas vive ese tiempo que según el método generacional es el de la preparación del individuo para asumir su ser histórico, que se fija en treinta años.

Veintinueve son los de Bello y cabe dividirlos en una mitad de estudios y otra de primeras tareas y empresas.

Los estudios lo afirman en sólidos cimientos de lengua, gramática, latinidad y filosofía. El curso de filosofía de la Real y Pontificia Universidad de Caracas, que sustentaba el presbítero Rafael Escalona, le abrió ventanas a horizontes de la Ilustración, y el filosofar según el sutil Duns Scoto le enseñó a manejar rigores escolásticos sin la férrea ortodoxia tomista.

Y comienza su magisterio. A sus quince años, en 1796, es profesor de Bolívar. Hasta el 800, en que se gradúa de Bachiller en Artes —ha de leerse filosofía—, enseña como pasante.

La hora de las pequeñas tareas comienza cuando en 1802 gana en concurso el cargo de Oficial Segundo en la Capitanía General de Venezuela; en 1807 recibió el título de Comisario de Guerra —que era como el de teniente coro-

nel—; en el nueve ascendería al puesto de Oficial Primero de la Secretaría de la Capitanía General.

Pero nada de esto estaba en la dirección del gran hombre. Sí lo estaba el que en una de las tertulias que se tenían en casa de Bolívar leyó una versión del libro quinto de la Eneida, y en otra, una traducción de la tragedia *Zulima* de Voltaire. Aquello fue por 1807. Y lo estaba el haber redactado la *Gaceta de Caracas*, primer periódico de Venezuela —cosas que hizo hasta que salió para Europa—. Y lo estaba el *Resumen de la historia de Venezuela*, que hace en 1809, y el *Análisis ideológico de los tiempos de la conjugación castellana*, primera revelación del genio de Bello.

Hacia el final del período el joven Bello, en sus primeras impaciencias por asumir un papel en ese enorme auto sacramental de la independencia, que recorría telones en muchas patrias de América —en Quito, en 1809; en Buenos Aires, en mayo, en 1810; en México, con el grito de Dolores, en septiembre de 1810; en la propia Venezuela, en abril del mismo año 10—, participa en conciliábulos subversivos, a los que aportaba sin duda preciosa información europea, él que era, por oficio, traductor de la Casa de Gobierno y mantenía correspondencia con amigos ingleses de las Antillas.

Y es una noticia la que propicia en 1808 la primera conjura caraqueña: las tropas napoleónicas han invadido España y Fernando VII ha abdicado. El complot se descubre y hay quienes achacan a Bello haberlo denunciado. El perverso rumor, nunca probado y finalmente en 1921 esclarecido por completo, perseguiría al patricio hasta Chile. Pero sus ideales intachables estaban a la vista y dos años más tarde la junta que depona al Gobernador y Capitán General le encarga la secretaría de la misión oficial ante la corte inglesa.

Bello era hombre de maduraciones recias pero serenas. En esta de su decisión libertaria, nada hubo de vociferante y ni siquiera de fogoso. Con ese tono grave y hondo al que un día se rendiría la inteligencia americana proclamaba:

No fue el entusiasmo por exageradas y malentendidas teorías lo que ha producido y sustentado nuestra revolución... lo que le hizo realizarse y sostenerse fue el deseo inherente en toda gran sociedad por administrar sus propios intereses y no aceptar leyes de afuera, un deseo que las circunstancias de la América española han convertido en necesidad urgente.¹

Lo admirable es que esto lo escriba un hombre de 31 años, en pleno fragor de las guerras de independencia.

1. John Lynch, «Great Britain and Latin American Independence 1810-1830», *Bello y Londres*, Caracas, La Casa de Bello, 1980, t. I, p. 51.

LOS AÑOS DEL DESIERTO

El 10 de julio de 1810 Bello —y sus dos compañeros— arriban a Portsmouth, a bordo del «Wellington», de la armada británica.

Los treinta años son para el método generacional la hora en que una generación irrumpe en el hacer histórico, en virulenta pugna por desplazar del poder a la generación anterior, y la lucha se extiende quince años. Para Bello estos años no son quince: son diecinueve, y aparentemente los vive al margen del acontecer histórico americano.

Mientras para Bolívar —el otro grande de la generación— esos años de 1810 a 1829 lo fueron de acción vertiginosa, a impulsos de un fuego que todo lo devoraba y de un ímpetu que lo arrastraba todo hacia la gloria, y fueron años que completaron un ciclo de exaltación y hundimiento, para Bello fueron tiempos de soledad y desierto, paralíticos de acción.

¡Pero de qué soberbia maduración fueron! En el desierto se han dado las mayores maduraciones humanas. Andrés Bello madura todas las facetas de su rica personalidad en esa que Caldera ha llamado «incomprendida escala londinense».

En contra de lo que un superficial sentir pudiera temer, resulta casi excitante movilizarse tras la comprensión de la «incomprendida escala». Porque, para comenzar, este americano grave, de noble continente, de una pobreza apenas velada por altiva dignidad, que día a día se llega al British Museum y ocupa su lugar —uno de los que se destinan a lectores prestigiosos— y lee incansablemente, pone hitos para el desarrollo de la nueva poesía americana.

Sí: lo más importante que sucede a la poesía americana del período son dos fechas londinenses de Bello. En 1823, «Alocución a la poesía», que bien vio Pedro Henríquez Ureña como «auténtica declaración de independencia intelectual», y en 1826, «La agricultura en la zona tórrida», espléndida afirmación americana. Cumple el Bello de Londres algunas hazañas de «scholar» o erudito; pero ni son ingenuamente escolares ni son alardes de obsesiva especialización. Están, más bien, cargados de penetrantes segundas intenciones.

Algunas de esas hazañas se hacen en no desbrozados campos de literatura medieval francoespañola. Seducen al americano los orígenes literarios de la Edad Media. Y en territorios aún tan oscuros, al decir de árbitro inapelable en la materia, «fue de los primeros que dieron fundamento científico a esta parte de la arqueología literaria». Superó a Ticknor y Amador de los Ríos.

En esas investigaciones, en que lucía por igual rigor europeo e imaginación americana, le seducía especialmente el Cid. Su gran trabajo sobre el *Poema del Cid* se terminaría en América, pero aquí se prepara. Su edición y comentario del primer poema épico castellano le parecen Menéndez Pelayo —el

árbitro citado— «infinitamente superior a la de Damas-Hinard»² y «un portento». En 1911 escribía el sabio patriarca español que el libro de Bello era «todavía a la hora presente, y tomado en conjunto, el más cabal que tenemos sobre el *Poema del Cid*». Certero, vio en ese trabajo, que incluía glosario y gramática del Poema que «tiene sin duda aquella marca del genio que hasta en los trabajos de erudición cabe».

¿Y la segunda intención? En el *Cid*, fazañas y lengua, Bello sorprende raíces de lo español, él que jamás rompería con el espíritu español —que cuaja en lengua, y como lengua estructura nuestro ser americano, que, como siempre vio él y como proclamó en hora temprana y solemne Bolívar, no es ya europeo, ni es indio, sino mestizo.

Otra de las memorables empresas intelectuales de Bello en el destierro londinense fue, a partir de 1816, la de descifrar los manuscritos de Jeremy Bentham, el filósofo, trabajo que hace con James Hill. Caía aquello en otra de sus líneas de indagación de neta segunda intención americana: buscar caminos nuevos de filosofía para América, que respondiesen y sirviesen al hombre nuevo del nuevo mundo más que la escolástica con que se habían arrojado sus inquietudes y acciones. Todo aquello desembocaría en la futura *Filosofía del entendimiento*.

Pero no toda la acción del contemplativo londinense es interior y silenciosa: hay la del publicista. La publicística es, por naturaleza, volcamiento al exterior y empeño de comunicación directa. En abril de 1823 aparecía el *Prospecto* de la *Biblioteca Americana o Miscelánea de Literatura, Artes y Ciencias*, anunciado por «una sociedad de americanos» entre los que figuraban Juan García del Río, Luis López Méndez, Pedro Creutzer y el propio Bello. Bello sería redactor fundamental. En la *Biblioteca* publicó su «Alocución a la poesía».

Muerta la *Biblioteca*, de causas naturales —esas de qué morían y siguen muriendo nuestras buenas revistas americanas: en este caso, circuló muy bien por América, pero los pagos apenas llegaron...—, Bello no cesa —este es rasgo fundamental de su carácter: jamás cejar en lo que ve que debe hacerse— y en julio de 1826 imprime, con García del Río, el *Prospecto del Repertorio Americano*, que venía a continuar la quijotesca empresa de una gran revista americana universal. El *Prospecto* anunciaba el espíritu de la revista:

... examinar bajo sus diversos aspectos cuáles son los medios de hacer progresar en el nuevo mundo las artes y las ciencias, y completar su civilización; darle a

2. En el prólogo titulado «Venezuela» que Menéndez Pelayo dedicó a Bello y publicó en su *Historia de la poesía hispanoamericana*, Madrid, 1911. Reproducido en *Valoración múltiple de Andrés Bello*, La Habana, Casa de las Américas, 1989, p. 67.

conocer los inventis útiles para que adopte establecimientos nuevos, se perfeccione su industria, comercio y navegación, se le abran nuevos canales de civilización y se le ensanchen y faciliten los que ya existen; hacer germinar la semilla fecunda de la libertad, destruyendo la preocupación vergonzosa con que se le alimentó desde la infancia; establecer sobre la base indestructible de la instrumentación el culto de la moral; conservar los hombres y las acciones que figuran en nuestra historia, asignándoles un lugar en la memoria del tiempo; he aquí la tarea noble, pero vasta y difícil, que nos ha impuesto el amor a la patria.³

Esto no lleva firma. Pero para todos cuantos acatañamos el magisterio luminoso de Bello no hacía falta que la llevara; ahí está la prosa de Bello: de cauce ancho, tono sereno, recatada pasión, rigor extremo y generoso contenido.

El *Repertorio* llegó a cuatro volúmenes, con más de 1.200 páginas, hasta agosto de 1827. En él colaboraron Olmedo, Fernández Madrid, García Goyena, Vicente Salvá —que trabaja ya en su *Gramática Castellana*—; pero la publicación acaba convirtiéndose en obra de Bello: escribe más que todos los otros redactores juntos y da a la revista su orientación general, su tono, su fisonomía.

«Londres —leemos en el *Prospecto*— no es solamente la metrópoli del comercio: en ninguna parte del globo son tan activas como en la Gran Bretaña las causas que vivifican y fecundan el espíritu humano; en ninguna parte es más audaz la investigación, más libre el vuelo del ingenio, más profundas las especulaciones científicas, más animosas las tentativas de las artes». A ello había que añadir el bullir de intelectuales y escritores españoles liberales llegados, a partir de 1823, en fuga de la represión desatada por Fernando VII. En el Londres del tiempo se conversa y publica en español como en ninguna otra parte del mundo.⁴ Ello arma estupendo escenario para que Bello luzca sus talentos, ya reconocidos y acatados. Pero él soñaba en América.

Me parece sentir en los últimos años de Londres un auténtico sentido de exilio en el gran americano. Fungía de funcionario de la legación de Colombia y Chile, el que fuese. Pensó en Argentina. Y Bolívar decía querer ganárselo —¡al fin!— para la Gran Colombia. Escribía a José Fernández Madrid: «Yo reconozco la superioridad de este caraqueño, contemporáneo mío: fue mi maestro cuando teníamos la misma edad, y yo le amaba con respecto. Su esquizo nos ha tenido separados en cierto modo, y, por lo mismo, deseo reconciliarme, es decir, ganarlo para Colombia».⁵

Nada de eso se realizó. Fue Chile el que tuvo el acierto, enorme, decisivo, de llevárselo.

3. *Prospecto*, t. I, pp. 4-5.

4. Rodríguez Monegal ha atendido al fenómeno. Cf. Emir Rodríguez Monegal, «La primera madurez: Londres (1824-1829)», en *Valoración múltiple*, ob. cit., pp. 106-140.

5. Simón Bolívar, *Obras completas*, vol. II, La Habana, 1950, p. 102.

LA MAGNA OBRA CHILENA

Don Andrés y su numerosa familia —dos hijos de la primera esposa, la irlandesa Mary Ann Boyland, muerta en 1821, y cinco de la segunda, Elizabeth Dunn, con quien se casó en 1824— desembarcaron en Valparaíso el 25 de junio de 1821.

Cuando Bolívar supo que Bello iba para Chile exhortó a Fernández Madrid para que no lo dejase perderse en «el país de la anarquía». Y el Chile al que el caraqueño llega es un país convulso. Tras la caída del general Pinto, el Presidente Encargado que lo recibió y designó Oficial Mayor Auxiliar del Ministerio de Hacienda, hay, entre 1829 y 1830, hasta una breve guerra civil. Bello, el constructor, contribuiría a que el desorden cesase. Ese es el sentido de su identificación final con el programa de gobierno de Portales.

Al comienzo la tarea habrá de cumplirse en las trincheras de la polémica. En 1830, desde la dirección del Colegio de Santiago —su primer encargo de cultura—, Bello se enfrenta a José Joaquín Mora, de Liceo de Chile, ideólogo del gobierno de Pinto. Se peleaba, al parecer, por menudencias gramaticales; pero detrás se dibujaba el enfrentamiento ideológico de dos guías de la juventud.

Después de Lircay —que puso fin a la guerra civil— nació bajo el auspicio de Portales, entonces poderoso ministro, *El Araucano*, y se designa a Bello director de la sección de noticias extranjeras y de la de Letras y Ciencias. Recibe con ello el constructor su primer gran instrumento y lo usa con sus características de lucidez y serena pasión. Desde la Advertencia Editorial hallamos al Bello del *Repertorio*. Su objetivo es, escribe, «primero tener planes de reforma de las instituciones actuales ...e indicar el establecimiento de otras que exigen con imperio el comercio, la agricultura, la industria, las artes, la minería, la educación, las costumbres y el progreso rápido y continuado de las luces».

Para los opositores, silenciados por la derrota de Lircay, aquello sonaba a cinismo. Carecían aún de la perspectiva que les garantizase la recta intención del gran polígrafo, sincerísimo cuando protestaba estar cerrado a las «controversias de partidos».

Largas y complicadas han sido —acaso siguen siéndolo— las discusiones sobre la acción de Bello, el periodista, en *El Araucano*. Lo que cuenta es que con ella hizo madurar la tradición de periodismo ilustrado —científico y didáctico, generosamente empeñado en educar a la ciudadanía y hacer progresar estos países niños— de que fueran adelantados Espejo y Caldas.

Una de las más sensibles carencias de la nueva patria de Bello era el derecho. El internacional y el interno. Se hace cargo, y en 1832 publica los *Principios del derecho de jentes*, modesto texto para sus discípulos, que suscribe con las

iniciales A.B. Modesto en presentación externa, el trabajo era sólido como todo lo de Bello, y apenas hubo que mejorarlo para que se convirtiese en los *Principios de Derecho Internacional*. Fue esa la primera obra del derecho internacional americano. Basábase, como tantos otros tratados de este derecho en Vattel, pero innovaba y apuntaba en la exacta dirección de las necesidades de los nuevos países de América. A ello debe su larga vigencia. Entre ese 1832 y 1865 los *Principios* estuvieron especialmente vigentes en cuestiones como tráfico marítimo, piratería, guerra civil, neutralidad, función de la diplomacia y consular. Después y hasta ahora, ilustran temas tan necesitados del derecho como la relatividad del principio de libertad de los mares y el mar territorial, la libertad de navegación de los ríos internacionales, la llamada «cláusula Bello» de régimen comercial excepcional para los países latinoamericanos entre ellos, principios de no intervención y responsabilidad internacional de los Estados.

Al derecho interno atendió Bello con la elaboración del Código Civil chileno. Ya en 1840 es uno de los dos ciudadanos elegidos por el Senado para codificar las leyes civiles de la República. A ello siguió la obra vasta y compleja del Código. Fue trabajo de más de veinte años. Diversas comisiones hacían aportaciones. Bello las estudiaba y buscaba dar a lo aprovechable unidad orgánica. Debíó aceptar ideas que ni eran suyas ni le satisfacían por completo; pero, no obstante, el Código fue suyo. Comenzó a publicarlo en *El Araucano*, entre 1841 y 1842. El texto completo apareció en 1853. En noviembre de 1855 el proyecto de Código Civil fue remitido al Congreso, con mensaje del presidente Montt y su ministro de Justicia, en el que reconocemos la palabra de Bello:

Muchos de los pueblos modernos más civilizados han sentido la necesidad de codificar sus leyes. Se puede decir que ésta es una necesidad periódica de las sociedades. Por completo y perfecto que se suponga un cuerpo de legislación, la mudanza de costumbres, el progreso mismo de la civilización, las vicisitudes políticas, la inmigración de ideas nuevas, precursora de nuevas instituciones, los descubrimientos científicos, y sus aplicaciones a las artes y a la vida práctica, los abusos que introduce la mala fe, fecunda en arbitrios para eludir las precauciones legales, provocan sin cesar providencias que se acumulan a las anteriores, interpretándolas, adicionándolas, modificándolas, derogándolas, hasta que por fin se hace necesario refundir esta masa confusa de elementos diversos, incoherentes y contradictorios, dándoles consistencia y armonía y poniéndolos en relación con las formas vivientes del orden social.⁶

6. *Preámbulo del Código Civil*, fechado en Santiago, 1855, como mensaje del Ministro de Justicia al presentar al Congreso el proyecto de Código Civil. Según nota de Miguel Luis Amazátegui, gran conocedor de las cosas de Bello, Mensaje con que el presidente remitió al Congreso el Código.

Así se abrió el mensaje, que se convirtió en el «Preámbulo del Código Civil». Se aprobó el proyecto, y el Congreso dio al legislador la facultad de corregir cuanto estimase necesario en el texto aprobado. La celosa revisión asumida por Bello duró hasta su muerte. El autor del Código Civil chileno tuvo ante sus ojos el Código de Napoleón; pero no solo ese: cuanto perfeccionamiento conocía en la legislación de otros países lo aprovechó. «No nos hallábamos en el caso de copiar al pie de la letra ninguno de los códigos modernos —escribió—. Era menester servirse de ellos sin perder de vista las circunstancias peculiares de nuestro país». Y da cuenta de lo recibido —«siguiendo el ejemplo de casi todos los códigos modernos», dice, o «como en casi todos los códigos modernos»— y de las que llama «provechosas innovaciones».

Tan importante libro fue una de las mayores muestras de la sabiduría de Bello, y así lo reconocieron Vélez Sarsfield en Argentina, Texeira de Freitas en Brasil, Luis Felipe Borja en Ecuador y otros legisladores americanos que se aprovecharon de tan ingente e iluminado trabajo de codificación legal.

Y la universidad. El 17 de septiembre de 1843 se instalaba oficialmente la Universidad de Chile, y Bello, el rector, convertía el discurso inaugural en verdadero manifiesto de una universidad nueva para las jóvenes repúblicas americanas.

La empresa la definía Bello de modo sencillo, pero valiente y ambicioso. Era, en su sentir, haber «restablecido la antigua universidad sobre nuevas bases, acomodadas al estado presente de la civilización y a las necesidades de Chile».

El espíritu que alentaba a esa nueva universidad era el de Bello, el filósofo positivista y pragmático. «La utilidad práctica, los resultados positivos, las mejoras sociales es lo que principalmente espera de la universidad el gobierno».

Pero nada de utilitarismo miope: sería lamentablemente condenar el estudio del Derecho Romano; la medicina habrá de investigar generosamente; se atenderá a los más vastos y complejos problemas económicos. «Fomentando las aplicaciones prácticas, estoy muy distante de creer que la universidad adopte por su divisa el mezquino *cui bono?*» «La universidad no confundirá, sin duda, las aplicaciones prácticas con las manipulaciones de un empirismo ciego» porque «el cultivo de la inteligencia contemplativa que descubre el velo a los arcanos del universo físico y moral, es en sí mismo un resultado positivo y de la mayor importancia».

No rehuye este maestro universitario ejemplar ningún gran tema de debate en su hondo y alto discurso. ¿Qué preferir por parte del Estado, la instrucción científica —universitaria— o la enseñanza primaria?

Yo ciertamente soy de los que miran la instrucción general, la educación del pueblo, como uno de los objetos más importantes y privilegiados a que pueda dirigir su atención el gobierno; como una necesidad primera y urgente; como la base de todo sólido progreso; como el cimiento indispensable de las instituciones republicanas. Pero, por eso mismo, creo necesario y urgente el fomento de la enseñanza literaria y científica. En ninguna parte ha podido generalizarse la instrucción elemental que reclaman las clases laboriosas, la gran mayoría del género humano, sino donde han florecido de antemano las ciencias y las letras.⁷

Y señalaba, certero, la relación del saber universitario con la docencia elemental:

La generalización de la enseñanza requiere gran número de maestros competentemente instruidos; y las aptitudes de éstos sus últimos distribuidores, son, ellas mismas, emanaciones más o menos distantes de los grandes depósitos científicos y literarios. Los buenos maestros, los buenos libros, los buenos métodos, la buena dirección de la enseñanza, son necesariamente la obra de una cultura intelectual muy adelantada. La instrucción literaria y científica es la fuente de donde la instrucción elemental se nutre y vivifica.

Bello es un intelectual orgánico y por ello actúa con rigurosa economía. Sorprende ver el papel decisivo en la construcción de la nueva república que tienen las líneas en que arma sus grandes empresas. Para él la universidad es foco de cultura y saber —saber en la doble vertiente de ciencias y letras— que organiza cultura y saber para todo el cuerpo social, y es, en otra dirección, nervio para el desarrollo del país. Este es, sin duda, un ideal de universidad no solo aún vigente, sino hasta, en muchas partes, lejano.

Andrés Bello murió de rector de su amada universidad. Y siguió siéndolo después de muerto: su sillón enlutado testimoniaba lo casi imposible que resultaba reemplazarlo.

Cuando Bello pronuncia aquel memorable discurso inaugural de la Universidad de Chile, solo había transcurrido un año desde su agria controversia con los expatriados argentinos, encabezados por Sarmiento, que, románticos y revolucionarios, lo habían tachado de conservador y neoclásico. Y allí en tan solemne ocasión, en ese gran texto de síntesis de su pensar sobre la cultura, proclama:

¡Nuevas instituciones, nuevas leyes, nuevas costumbres; variadas por todas partes a nuestros ojos la materia y las formas; y viejas voces, vieja fraseología! Sobre ser desacordada esa pretensión, porque pugnaría con el primero de los obje-

7. «Discurso pronunciado en la instalación de la Universidad de Chile, el 17 de septiembre de 1843», en Pedro Grases, *Antología de Andrés Bello*, Barcelona, Seix Barral, 1978, p. 101.

vos de la lengua, la fácil y clara transmisión del pensamiento, sería del todo inasequible. Pero se puede ensanchar el lenguaje, se puede enriquecerlo, se puede acomodarlo a todas las exigencias de la sociedad, y aun a las de la moda, que ejerce un imperio incontestable sobre la literatura, sin adulterarlo, sin viciar sus construcciones, sin hacer violencia a su genio.⁸

Y cerraba el larguísimo y espléndido párrafo sobre el lenguaje como que-hacer universitario con admonitoria profecía:

...demostré carta de nacionalidad a todos los caprichos de un extravagante neologismo; y nuestra América reproducirá dentro de poco la confusión de idiomas, dialectos y jergonzas; el caos babilónico de la edad media; y diez pueblos, perderán uno de sus vínculos más poderosos de fraternidad, uno de sus más preciosos instrumentos de correspondencia y comercio.

Esto nos recuerda que por entonces Bello tenía ya entre manos otra de sus grandes empresas de construcción de la nación chilena y, a través de ella, de todas las americanas: su *Gramática*, la obra en que con más seguridad y plenitud brillaría su genio.

Bello tuvo el convencimiento de que el de la lengua era el estudio básico y el supremo. Lo aprendió por igual de los logicistas, que veían en el lenguaje un paralelo del pensar, y de quienes, como Rousseau, negaban la naturaleza racional del lenguaje. Al autor del *Emilio*, que escribió que se forman las cabezas por las lenguas y los pensamientos se tiñen del color de los idiomas, acudía Bello para sentar de la lengua que «su cultivo y perfección constituyen la base de todos los adelantos intelectuales».⁹

Y cosa tan importante no podía sino ser problema político, y no solo de Chile: la suerte de América Latina la sentía estrechamente ligada a esa gran unidad de una misma lengua.

Que no era ya el español de España, impuesto a América, sino el español de América. Desde el título de su gramática, que es *Gramática de la lengua castellana destinada al uso de los americanos*, el lingüista sienta el concepto clave, cuya fecundidad solo hace pocas décadas se hizo patente, del español de América. Sin aspavientos, casi sin la menor pretensión, Bello hace con su *Gramática* algo tan enorme como pasar el centro de gravedad del español de España a América. La *Gramática* del venezolano-chileno pesa, ella sola, más que todas las españolas del tiempo, concluida la de la Real Academia Española. Y es decisiva para que el elenco de los grandes gramáticos del español en el siglo

8. *Ibid.*, p. 106.

9. -Indicaciones sobre la conveniencia de simplificar y unificar más la ortografía en América- (1823). *Obras Completas*, Santiago de Chile, t. V, p. 381.

XIX sean americanos, tan grandes como ese monstruo de erudición, sabiduría y perspicacia que es Rufino José Cuevo, anotador de la gramática bellista.

En 1847 aparece la obra que tal revolución iba a obrar. A los tres siglos de que Nebrija publicara la primera gramática de la lengua —que vio la luz cuando las carabelas de Colón navegaban ya hacia occidente. «Siempre la lengua fue compañera del imperio» sentaba el de Nebrija en el «prólogo» con que dedicó su obra a su «mui esclarecida Reina». Trizado el imperio, la lengua era compañera y vínculo de una unión mucho más honda y poderosa, de cientos de millones de hombres libres. Es lo que vio el clarividente Bello.

La grandeza de la Gramática de Bello está, aun antes de sus admirables rigores analíticos y su penetrante formulación de reglas, en las concepciones que presiden el trabajo gramatical. Así una idea precisa del eje sincrónico —la lengua del hoy— opuesto al diacrónico —el devenir de la lengua por el tiempo—. El gramático, que trabaja para los hombres de su problemático necesitado presente, rehuye las complicaciones de la gramática histórica, por más que le fuesen familiares y pudiese haber sentado al erudito.

Deja también de lado planteamientos de una gramática universal —asunto en que había trabajado muy a fondo en Londres—. La gramática, ve con claridad Bello, ha de ser la de esta lengua. Una gramática estudia la estructura de una lengua y las formas del sistema de esa lengua.

¡Cuántos hallazgos y cuántas admiraciones me ha deparado la *Gramática* de Bello a través de los años en que la he tenido como el libro fundamental para ahondar en el español!

En 1997, se cumplió siglo y medio de la aparición de la Gramática al uso de los americanos, y sigue teniendo las respuestas más certeras a los mayores problemas de la gramática española. Que no hay modo potencial sentó en ella Bello hace ese siglo y medio, y gramáticos americanos como nuestro Hermano Miguel acogieron el rigor y sencillez admirable del paradigma verbal español como Bello lo estableció, aunque ello le costó al ecuatoriano ser relevado de la dirección de las gramáticas de los Hermanos Cristianos de todo el mundo y confinado de instructor de párvulos de primera comunión en un riguroso invierno que lo hirió de muerte. A la Real Academia le llevó 126 años aceptar cosa tan clara —al fin lo aceptó en el *Esbozo de una nueva gramática*—. ¡Y hay profesores y hasta transnacionales dedicadas al negocio del texto escolar que siguen con el modo potencial! Y así en cuantas otras cosas se impone aún volver a la Gramática de Bello, que, como dijo Amado Alonso, «sigue prestando sus servicios como la mejor de nuestra lengua».¹⁰

10. Amado Alonso, «Introducción a los estudios gramaticales de Andrés Bello», en *Valoración múltiple*, ob. cit., p. 566.

Algo más escribió Alonso, una de las voces más autorizadas en el ámbito de los estudios lingüísticos hispánicos: «Es una gramática que quiso ser educativa y no especulativa, escrita hace más de cien años, justamente el siglo en que se ha constituido en ciencia el estudio del lenguaje; le estamos aplicando una crítica estrictamente lingüística, y no solo una exigente comparación con las gramáticas más acreditadas; y con todo, se mantiene en pie como cosa bien viva. No como la mejor gramática castellana a falta de otra mejor, sino como una de las mejores gramáticas de los tiempos modernos en cualquier lengua».¹¹

Se ha sugerido ya en varios lugares que detrás de las grandes empresas de Bello estaba una filosofía. Nos la reveló —sistemática y orgánica, como a él le gustaba presentar sus tareas intelectuales— en la última de sus obras mayores, la *Filosofía del entendimiento*.

El libro nos deja sorprender el modo cómo el gran americano fue dando respuesta, desde su circunstancia histórica, a los grandes interrogantes que le planteaban, más que la naturaleza, el espíritu humano. En él lo hallamos en diálogo intenso y abierto —muy distante del vulgar resumir y refutar de la escolástica tomista moderna— con los pensadores que dominaban el pensamiento en inglés de la hora —Stewart, Herschell, Reid, Brown, Locke, Berkeley, Stuart Mill—. En la obra de un educador de un país católico no podían faltar concesiones. Si saltamos por encima de ella, dándolas por tales, aparece ante nosotros el filósofo: audaz en su filosofar, no importaba que lo llevase hasta ver el universo físico como «un gran vacío poblado de apariencias vanas» o le hiciese poner en duda la noción de causa y lo aproximase al Stuart Mill de la Lógica, que no halla más que sucesión y conexión de los fenómenos, y hasta hiciese vacilar su idea de substancia —no halla más percepción substancial que la del propio yo—.

Ya se ve qué fascinante sería llegar hasta este Bello, el más interior y problemático, a través de esta obra que Menéndez Pelayo tuvo como «la más importante que en su género posee la literatura americana»¹² y Gaos, tan crítico en la larga Introducción que escribió para la edición del Fondo de Cultura Económica, dijo que «en la historia del pensamiento de la lengua española, representa la manifestación más importante de la filosofía hispano-americana influida por la europea anterior al idealismo alemán y contemporánea de ésta hasta la positivista ...y por lo mismo un hito de relieve singular en la historia entera de dicho pensamiento».¹³ Pero las apreturas de la circunstancia presente nos disuaden de tentarlo.

11. Lo escribió al prologarla para la edición de las *Obras Completas de Caracas*, en 1951.

12. Menéndez Pelayo, ob. cit., p. 61.

13. Introducción a la *Filosofía del entendimiento*, México, Fondo de Cultura Económica, 1948, p. LXXXIV.

CODA

No nos resta sino acabar con una coda, que, como tal, ha de ser breve.

Debería ser de suma, pero ¡qué ardua suma! La acción chilena de Andrés Bello, que en el breve lapso de 36 años instauró un nuevo orden cultural —sin descuidar ámbito alguno decisivo—, trazó derroteros a toda la América hispana. Lo hizo con admirable poder de síntesis: acatamiento conservador de lo colonial hispánico. Antítesis: rechazo de todo el pasado colonial. Síntesis: asimilación de lo que de ese pasado era ya substancia del hombre americano mestizo, y afirmación de la novedad de los americanos. Y así tantas otras síntesis, tan necesarias tras ese apasionado y dramático afirmar de todas las antítesis que fue el tiempo de las guerras por la independencia. Por recordar una, tesis: clasicismo; antítesis: romanticismo; síntesis: afirmación romántica de lo americano con los rigores estéticos de lo clásico —piénsese por igual en su *Agricultura de la zona tórrida* que en el *Canto a Bolívar* de Olmedo—. Y por aventurar otra, la síntesis de lo político, que tenía en el un extremo pasión libertaria y en el otro rigor y disciplina para la construcción del nuevo orden —la gran tensión entre liberalismo y conservadurismo, que preside el XIX americano—.

Varón memorable —saludó a Bello, Menéndez Pelayo—, educador de toda la América española. «Comparable —escribió bellamente— con aquellos patriarcas de los pueblos primitivos, que el mito clásico nos presenta, a la vez filósofos y poetas, atrayendo a los hombres con el halago de la armonía para reducirlos a cultura y vida social, al mismo tiempo que levantaban los muros de las ciudades y escribían en tablas imperecederas los sagrados preceptos de la ley».¹⁴

Rubén Darío, que deslumbró a España con una expresión poética que era la síntesis que Bello cimentara, escribió del gran americano: «Se creyó mármol y era carne viva». Apuntó, con intuición de lírico, a esas grandes síntesis en que, pienso, estriba la mayor grandeza de este genio de nuestra América. La bruñida reciedumbre del mármol para construir construcciones espléndidas y la pasión de la carne para infundir a esas construcciones de aliento, emoción y vida americana. ♦

Alangasí, 15-22 de agosto de 1998

14. Menéndez Pelayo, ob. cit., p. 58